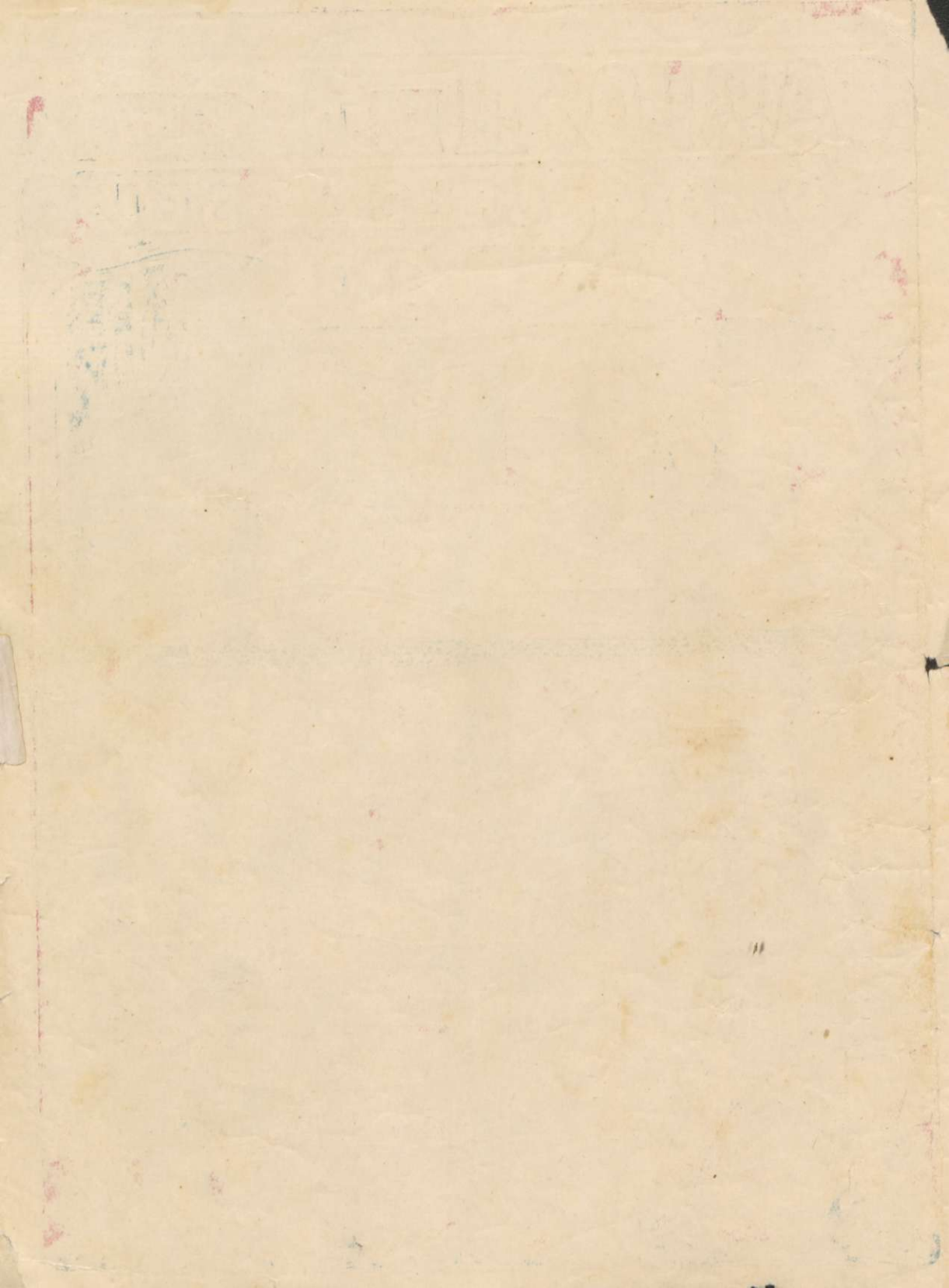


CRIMENES DEL DESPOTISMO Y DE LA TIRANIA

# CARLOS II EL HECHIZADO

## O LA CRUELDAD DEL SANTO OFICIO







## CAPITULO I

# REGICIDIO

I: SOBERANO Y ESCLAVO.—II: DEL ESCORIAL A MADRID.—III: AUXILIO INESPERADO.  
IV: MARIANA DE AUSTRIA

### I

#### SOBERANO Y ESCLAVO

Terminaba uno de los últimos días de Noviembre de 1690. Un rayo de sol pálido y frío iluminó el rostro exangüe de Carlos II y se apagó después de besar la rubia y lacia melena del monarca. Minutos después, las sombras invadían el reducido oratorio situado en el monasterio del Escorial junto al dormitorio del rey, y éste, dejando resbalar su cuerpo del mullido sillón que ocupaba a un reclinatorio próximo, quedó casi envuelto en tinieblas de las que únicamente destacaba el albo y amplio cuello rematado por estrecho encaje de maravillosa delicadeza.

De pronto quedó roto el silencio del oratorio. Una figura negra y encorvada que mejor que andar parecía arrastrarse, avanzó cautelosa en el tenebroso y reducido recinto.

De la garganta del rey escapó un grito de angustia, casi un alarido de terror y el aparecido apresuró el paso hasta llegar junto al reclinatorio.

—¡Soy yo, majestad!

—¿Tú?... Vos... padre Froilán...

El padre Froilán Díaz, confesor del monarca, replicó:

—Siento haberos sorprendido. ¿Rezabais?

—No lo sé...

—¿Pensabais acaso en la eterna salvación de vuestra alma?

—Quizás...

—¿Os decidís por fin a seguir mi consejo?

—¡Pobre de mí! Pesa demasiado la corona sobre mis sienes, padre Froilán.

—Pesa, señor, porque no sabéis sostenerla o mejor dicho porque no resolvéis sostenerla mirando solamente a los designios divinos y cerrando para siempre los ojos a los egoísmos y a las luchas de la tierra.

—Como rey debo gobernar a los hombres.

—Y como cristiano debéis obedecer a Dios. Le representáis en la tierra, pero ¿suponéis que ha de ser eterna vuestra vida?

—¿Cómo he de suponerlo si la siento escaparse por instantes?

—Y sin embargo alejad de vuestro pensamiento la idea de que os ronda la muerte.

—Aborrezco la luz, padre Froilán.

—Aborrecéis la luz porque os falta la tranquilidad de conciencia.

—¡Explicaos!

—Fatalmente vuestra preciosa vida ha de extinguirse y entonces, ¿cuál ha de ser el sucesor de vuestra grandeza?

—¿Suponéis la necesidad de?...

—Os advierto el deber de señalarlo.

—¿Y creéis que yo?...

—No es difícil, majestad. La casa de Austria ha sido señalada por Dios para regir los destinos de España. Vuestra augusta madre, por su nacionalidad significa la prueba material de mis palabras.

—¿Y? ..

—Recordad que vuestra esposa es francesa, que Dios puede disponer de vuestra vida...

—Empiezo a comprenderos. Si Francia dispusiera del trono...

—Vos seríais, señor, el responsable. Sufriríais el horror de un eterno suplicio; vuestra alma irredenta hundiríase para siempre en los abismos profundos del infierno, vuestra memoria sería execrada y vuestro pueblo maldito.

Carlos II enclavijó sus manos, temblaban sus labios palidísimos y un sudor frío y copioso inundaba su frente.

—¡Perdón, perdón, padre Froilán! ¡Perdón! ¡No quiero condenarme!

—¡Obedeced, señor, la voluntad divina!

—¡No hay remedio! ¡No hay remedio, padre Froilán! ¡María Luisa de Orleans es mi esposa!

—Puede dejar de serlo.

—Provocaríamos la guerra, correría la sangre...

—Nuestro señor derramó la suya por la salvación de todos los hombres... Además... la reina... puede morir.

—¡Callad! ¡Callad, padre Froilán! ¡Me asustáis!

—¿No hemos de morir todos, Majestad?

—¡Es cierto!—murmuró Carlos.

—Entonces... si sucediera así... ¿Compartiríais vuestro trono con la princesa Leonor, emperatriz de Austria?

—¿Así podría salvarme?

—Respetaríais la voluntad divina.

—¿Y vos... me absolveríais de todas mis culpas?

—Tendríais, señor, mi absolución y mi consuelo... Entre tanto, procuraré evitar dificultades...

—¿A qué os referís?

—Hay una cierta muchacha, plebeya de origen, que ha logrado captarse la confianza de la reina. Es amiga de Francia y es preciso alejarla de la corte de cualquier modo.

El rey, mientras hablaba el padre Froilán, había inclinado su pálida frente y con las rodillas hincadas en el reclinatorio, murmuró:

—¡Cúmplase la voluntad divina!

El confesor retrocedió unos pasos hacia la salida del oratorio.

—¡Aguardad! No dejarme solo.

—Tranquilizaos, majestad. Dios está con nosotros. Debo avisar a vuestra augusta madre, porque pasados unos minutos, emprenderemos el regreso a Madrid.

—Salid entonces, pero no tardéis en volver. Necesito de vuestra presencia.  
El confesor abandonó el oratorio. Al llegar a la antecámara detúvose junto a un caballero que, al parecer, lo esperaba. Este interrogó:

- ¿Buenas noticias?
- Ganaremos la partida, señor duque. ¿Cumplisteis mis órdenes?
- Un hombre de toda mi confianza espera en la orilla del camino.
- ¡Perfectamente!

## II

## DEL ESCORIAL A MADRID

Había cerrado la noche.

Carlos II, hipocondríaco, más triste y más desalentado que nunca regresaba a la capital seguido de su numerosa corte.

Varias carrozas avanzaban pesadamente por el nevado camino, y a la ocupada por el monarca y su madre seguía otra conduciendo a la reina María. Luisa de Orleans.

Junto a la reina y en su misma carroza, viajaba Carlota Llorente, linda muchacha castellana que, acaso tan sólo por su extraordinaria simpatía, por su viveza de genio, encantadora, y huérfana de todo título de nobleza, había conseguido ganar el afecto y la confianza de la Reina de España.

—No pasad cuidado, señora. Tan sólo media hora de camino nos falta para llegar a Madrid y el vendaval cede por instantes.

—¡Ojalá no llegáramos nunca, Carlota!

—Por Dios. ¿Queréis por ventura que nos quedemos en este camino?

—Siendo así, aún a costa de la vida, hallaría la paz que necesito.

—Os apuráis demasiado. El rey os adora y sólo a la enfermedad que le aqueja podéis achacar su aparente desvío.

—¡El rey! ¡Si sólo fuera el rey!

—¿Os queréis referir a su madre?

—¡Calla! ¿No piensas que en esta Corte maldita una imprudencia?...

—Nadie puede escucharnos, señora.

—Te engañas, Carlota. Un caballero nos acompaña cabalgando junto a la puerta de la carroza.

—Ese caballero como yo daríamos la vida por la dicha de Vuestra Majestad.

—¿Tanto le conoces?

—Juzgaréis cuando sepáis su nombre. Se trata de Alonso Pérez.

—¿El hijo de Medinasidonia?

—El mismo, señora.

—No ignoro que amas profundamnete a ese muchacho, pero debes olvidarlo.

—¿Acaso creéis que no soy correspondida?

—Tiene demasiados cuarteles en su escudo.

—Y yo carezco de nobleza. Tenéis razón, pero él me ha jurado su cariño.

—Si Portocarrero me atendiera...

—¿El Cardenal y Presidente del Consejo de Castilla? ¿Acaso lo dudáis?

—Estoy segura de que me odia.

—¡Jesús!... Lo decís de una manera... ¡Si el rey pudiera suponerlo!

—¡Pobre rey!... Quiero hacerte feliz Carlota, y si pudiera conseguirlo, solicitaría para ti un título de nobleza.

—¡Qué buena sois, señora! Si no pareciera egoísmo, yo me atrevo a pensar que podréis conseguir cuanto queráis, pero olvidad lo del título. Vuestro afecto y el amor de Alonso me bastan por toda ejecutoria.

María Luisa inclinó el rostro sobre el pecho.

—De ambas cosas te faltará una, mi pobre Carlota.

—¿Cuál?

—El afecto de tu reina.

—¡Dios mío! ¿Pensáis separarme de vuestro lado?

—Nos separará la muerte. Un secreto presentimiento me lo dice.

—¡Bah! Os dejáis ganar por vuestra tristeza. Por fortuna sois joven.

—¡Si al menos hubiese tenido un hijo!

—¡Aún no es tarde!

—¡Imposible!

—Y aun cuando así no suceda...

—Piensa, Carlota, que soy francesa, que Austria teme perder el trono.

—Sois la Reina de España, señora.

María Luisa guardó silencio, reclinóse después sobre uno de los costados del vehículo y cerró los ojos.

Carlota, dejando espirar la sonrisa que antes florecía en sus labios, abandonaba la mano fría y suave de la soberana, que había retenido entre las suyas.

—Tiene razón—pensó luego—. Pero ¿quién podría atreverse?...

En aquel instante, junto a la ventanilla del vehículo, resonó una voz:

—¡Carlota!

—¡Alonso!

—¿Duerme la reina?

—Me parece que sí. Hace unos minutos entornó los párpados.

—¿Hablabais?

—Hablabamos de ti, de nuestro amor.

—¿La reina sabe?...

—Sabe que no podré ser tu esposa.

—¿Y quién podría impedirlo?

—Mi condición humilde, mi pobre cuna.

—Mi cariño ha de ennoblecerte ante Dios y ante los hombres.

—¿No te arrepentirás de tus promesas?

—Mi corazón vale más que mi palabra y por ésta y por ti daría la vida.

—¿Y defenderías a la reina si fuera preciso?

—Si tú lo pides...

—¿Y arrostrarías las censuras y acaso las iras de tu padre?

—Mándame lo que quieras y me verás obedecerte ciegamente.

—¡Alonso, soy muy dichosa!

—No has de ser menos cauta. A la reina le amenaza un grave peligro.

—¿Será posible?

—No puedo dudarlo.

—Es preciso que me digas en qué consiste ese peligro. De otro modo...

—Lo ignoro, Carlota. En El Escorial y mientras el rey descendía al púdridero he sorprendido algunas miradas y unas palabras sospechosas.

—¿Pero cómo lograremos defenderla sin saber?...

—Vigila atentamente. En Madrid procuraré averiguar lo demás. Piensa que salvándola nos salvaremos nosotros. No ignoran tu lealtad hacia la Reina y saben también nuestros amores. Si el partido austríaco lograra matar a María Luisa para que una princesa de la Casa de Austria fuera la nueva

esposa del Rey, tú saldrías de palacio y yo sufriría por lo menos el destierro.

—No lo conseguirán.

—Por lo menos hemos de procurarlo. Yo proseguiré junto a la carroza hasta llegar a Palacio.

—¿Y si te llaman junto al rey?

—No lo esperes. Los que forman la escolta hablan con más tranquilidad sin mi presencia.

—Haces bien en quedarte. Tus palabras me han puesto muy nerviosa.

—Piensa en nuestro cariño y olvida lo demás. El golpe del partido austríaco fracasará; no podrán repetirlo porque serían descubiertos al intentarlo.

Carlota puso al alcance de las de Alonso su mano blanquísima, que pretendió besar el caballero, pero en el instante de inclinarse Alonso Pérez sobre el cuello de su cabalgadura, resonó un pequeño estampido y una mancha de luz roja y brillante rompió el silencio y la obscuridad de la noche.

Apenas si tuvo tiempo el enamorado de girar hacia atrás el rostro. Su cabalgadura vaciló, resbaló sobre la nieve y se desplomó por fin.

Tan pronto como esto sucedió el grito de angustia de Carlota, ahogado fué por el ruido de la tralla y los gritos del auriga que conducía el coche de la Reina. Aquél azotó rabiosamente los caballos y el vehículo, desapareció del lugar del suceso, mientras María Luisa abrazábase llorosa y asustada al cuello de Carlota.

—¡Han querido matarme!

—Tranquilizaos, majestad. No tiran todavía contra vos sino sobre los que han jurado defenderos.

### III

#### AUXILIO INESPERADO

Trabajo le costó al futuro duque de Medinasidonia escapar de su muerta cabalgadura. El tiro pasó muy cerca de su cabeza. Logró por fin incorporarse y una nueva y breve llamarada brilló en la noche.

Todas las pesquisas del joven caballero fueron inútiles para encontrar al misterioso asesino. Hallábase levemente herido en la pierna derecha.

No obstante, inquieto por la suerte que Carlota y con ella la reina hubiesen podido correr, se disponía a emprender el camino cuando escuchó los acompañados pasos de algunas caballerías que arrastraban un pesado carro. El que lo conducía saltó a tierra al advertir que hacía señas el caballero.

—¿Hacia dónde caminas?

—A Madrid voy. Soy buen cristiano, temeroso de Dios y del Santo Oficio.

—¿Está bien, pero no se trata de eso en estos instantes. ¿Me conoces?

—Si fuera de día no digo que no.

—Necesito un caballo y vas a desengancharlo. Mañana buscarás al mayordomo del palacio de Medinasidonia y él te pagará el precio de la cabalgadura.

—¡Dichosa bestia!—murmuró el arriero—. A manos de grandes vas y juraría que poca vida puede quedarte.

Minutos después, Alonso Pérez, cabalgando nuevamente y con la esperanza de alcanzar la comitiva regia, reanudaba su camino hacia Madrid.

\* \* \*

—¿Verdad que estoy muy pálido, Cardenal?—preguntó Carlos II a su consejero, apenas penetró en la regia cámara.

Portocarrero guardó un instante de silencio. Necesitaba ser hábil en la respuesta y dijo por fin:

—Vuestra majestad se apura demasiado.

—Estoy muy enfermo, Cardenal; me domina una tristeza infinita. A veces sufro pesadillas horribles...

—Lo diré al médico de cámara y éste os dará alguna pócima para que vuestro sueño sea tranquilo.

—¡Bah! ¿Qué importa el sueño en este caso? No me comprendes.

—Sin duda...

—Esas pesadillas las sufro despierto. Escucho ruidos de muchedumbres, alaridos de endemoniados... No sé. Esto es horrible, Portocarrero.

—¿Lo habéis confesado al padre Froilán?

—Todavía no.

—Mal hecho, señor. Quizás la religión pueda daros el remedio.

—No lo sé. La religión se ha hecho política, Cardenal, y ya sabes que a vuestra política yo le tengo un miedo horroroso.

—Sin embargo, majestad, sois el rey.

—¡A quien te has empeñado en manejar como a un muchacho!

—¿Me culpáis?

—No tomes muy en cuenta mis palabras. Estoy cansado. ¡Vete!

—¡A los reales pies de vuestra majestad!

Carlos II clavó en la figura del consejero las apagadas pupilas, mientras una sonrisa desdeñosa aparecía en sus labios exangües.

\* \* \*

No bien el presidente del Consejo de Castilla penetró en la severa estancia que utilizaba para despacho, interrogó a Dimas, su ayuda de cámara.

—¿Quién me espera?

—El conde de Melgar y el duque de Medinasidonia.

—Procura que Melgar se marche y haz pasar al duque inmediatamente.

—Entendido, señor.

Mientras el criado marchaba a cumplir las órdenes recibidas, Portocarrero, preocupado, murmuró sordamente:

—¡La suerte está echada! Es preciso acabar de un modo rápido o estamos perdidos.

Medinasidonia apareció en el umbral del aposento.

—¿Me habíais llamado?

—En efecto y os agradezco mucho vuestra llegada.

—Monseñor sabe que le admiro y...

—No se trata en este caso de admiraciones, amigo mío—replicó con cierta rudeza el consejero—sino obrar rápidamente.

—Os escucho.

—¿Hablasteis con el embajador de Austria?

—Durante el trayecto del Escorial a Madrid conversamos extensamente...

Sé que se trata de dar a España una nueva reina.

—¡Silencio! Existen otras palabras...

—A mí me ha gustado siempre llamar a las cosas por su nombre.

—Si todos pensáramos de igual manera, cuando intentasteis resucitar el viejo reino de Andalucía y proclamaros monarca de aquellas tierras...

—¡Monseñor!

—Perdonad si os molesto. Aquella rebelión significaba un delito de lesa majestad.

—Ya sabéis, monseñor, que soy agradecido.

—Pronto hemos de verlo. Si María Luisa de Orleáns muriera, el rey estaría dispuesto a contraer nuevo matrimonio. Su confesor, el padre Froilán, ha logrado convencerlo y la elegida...

—Perdonad... Conozco su nombre... Se trata de la princesa Leonor, hermana de la emperatriz de Austria.

—¡En efecto! Pero no basta saber un nombre para justificarse.

—Hice más... He procurado eliminar a Carlota.

—¿Y suponéis que esa muchacha represente un peligro?

—Grande, decisivo. Es leal y...

—¿Y qué habéis conseguido?

—Nada por desdicha. En la mitad del trayecto del Escorial a Madrid uno de mis hombres disparó sobre la carroza.

—Es una imprudencia...

—Un caballero cuyo nombre ignoro todavía cabalgaba junto a la portezuela y su caballo recibió el disparo.

—¿Sabéis algo de la reina madre?

—Algo seguramente nuevo para vos, y es que por sí misma, penetrando esta noche en la cámara de María Luisa, escanciará algunas gotas de su famoso veneno italiano en el vaso de agua que ha de beber la reina.

—¿Estáis seguro?

—Mi ayuda de cámara ha sorprendido una entrevista celebrada hace pocos momentos en el aposento de la reina madre entre ésta y el embajador austríaco.

—¡Es una mujer espantosa!

—¿Qué más da si nos sirve ocupando el puesto de mayor peligro?

—Razón tenéis, pero será preciso que procuremos guardarle la retirada para evitar una posible sorpresa.

—No es fácil. Nadie sino vos y yo conocemos el secreto.

—Vuestro ayuda de cámara...

—Es una bestia fiel que se dejaría matar por un capricho de su señor.

—¿Sabéis la hora elegida?

—Minutos después de las doce.

—Procurad no hallaros muy lejos.

—¿Y vos?

—Procederé de la misma manera. Además... sería preciso vigilar las entradas del Alcázar.

—No preocuparos. Tengo tomadas mis medidas al efecto y nadie podrá estropear el golpe.

—Dejadme ahora. Son más de las diez y necesito reposar algunos minutos por si luego es preciso velar toda la noche.

#### IV

#### MARIANA DE AUSTRIA

Mucho tardó María Luisa de Orleáns en recuperar la serenidad perdida.

—Vuestra majestad está más tranquila, ¿verdad?

—Gracias a ti, Carlota.

—Yo creo señora, que los tiros no iban dirigidos a Vuestra Majestad, sino al heredero del Duque.

—No puede ser. Medinasidonia es un prisionero del Cardenal y por tanto su hijo...

—La Corte española es un pozo de intrigas y todo es posible. Ante todo Vuestra Majestad debe dominar su inquietud. Os encontráis cansada. Acostaos y conciliad el sueño.

Era la Duquesa de Berlipo, camarera mayor de la reina madre.

Era la Duquesa de Berlipo, alemana y camarera mayor de la reina madre a quien precedía.

A los pocos segundos, la viuda de Felipe IV, doña Marfana de Austria, penetraba en la cámara de María Luisa.

Era una mujer de aspecto antipático. Sus pupilas azules brillaban de un modo extraño, tenían algo de espantoso y terrible.

Al penetrar en el aposento de María Luisa, severa y desdeñosamente a la vez, clavó sus miradas en Carlota.

Carlota, más hábil, inclinó el rostro.

Entonces Mariana de Austria dirigióse a su nuera:

—Ya sé lo que os ha sucedido en el camino, pero no debéis inquietaros. Unos salteadores trataban de asesinar al caballero que cabalgaba indebidamente junto a vuestra carroza, para despojarle, y el castigo no hubiese resultado inoportuno.

Al pronunciar estas palabras la reina madre miró intencionadamente a Carlota.

Esta sintió que su corazón latía apresuradamente.

María Luisa no sabía qué responder y dijo por fin:

—Me hallo rendida y me disponía a recogerme cuando habéis llegado.

—Es cierto; debéis descansar, pero sola en vuestro aposento.

—Carlota me hace buena compañía. Es muy diligente y leal.

—Sin embargo... su presencia no podría evitar una conversación. El Rey desea que nadie pueda interrumpiros.

María Luisa al escuchr aquellas palabras que significaban una orden, pensó:

—¡Dios mío! ¿Qué misterio tiene esta mujer en los ojos?

La reina madre insistió casi rudamente:

—¿Complaceréis al Rey?

—Me sacrificaré para obedecerle.

Entonces Mariana extendió su brazo derecho señalando a la puerta mientras pronunciaba dirigiéndose a Carlota:

—Salid, señorita. ¡La Reina lo quiere!

—Permaneceré si me lo permitís, en el aposento inmediato.

—Podéis hacerlo pero no penetrad aquí sin que la Reina os llame.

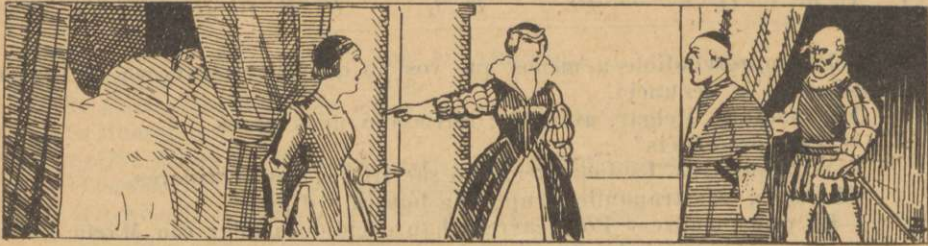
Carlota miró a María Luisa a tiempo que se inclinaba.

—Señora...

—Salid señorita, el Rey lo manda y debemos obedecerle.<sup>#</sup>

El semblante de la reina joven estaba lívido. Sus pupilas expresaban un terror profundo.

Carlota retrocedió, llegó a la puerta pero en lugar de salir escondióse tras el pesado cortinaje procurando que las amplias arrugas de la gruesa tela pudieran ocultarla completamente.



## CAPITULO II

# FALSA JUSTICIA

I: EL INQUISIDOR MENDOZA.—II: UN DIALOGO INTERESANTE.—III: EL CRIMEN.  
IV: EL CASTIGO

### I

#### EL INQUISIDOR MENDOZA

En los tenebrosos corredores de la Inquisición que conducían a la celda del padre Mendoza, inquisidor general por entonces, hubo un revuelo de pardos hábitos que se agitaron algunos instantes por los estrechos pasadizos.

—¿Qué sucede, padre Pascual?

—El Almirante de Castilla, Conde de Melgar, viene a visitar a Monseñor.

—¿Vinieron para anunciar la visita?

—Sube ya por la escalera. ¿No escucháis el ruido de sus pasos?

El fraile que había pronunciado estas palabras, apartó rápidamente a su compañero junto al muro a tiempo que al principio del pasadizo y no lejos de la celda del inquisidor aparecía el Almirante.

El padre Pascual inclinóse en servil reverencia y el recién llegado interrogó:

—¿Avisasteis al padre Mendoza?

—Os espera, señor.

—¿Quién sois vos?

—El secretario de Monseñor, señor Conde.

—Procurad que nadie pueda interrumpirnos.

—Se hará como mandáis.

El Conde de Melgar desaparecía un segundo después tras la puerta de la celda y descubría inmediatamente al padre Mendoza cuyas pupilas vivas y grises fijáronse interrogativas en el rostro del cortesano.

Melgar comprendió la elocuente mirada y acercándose al inquisidor, hubo de exclamar:

—Es cierto cuanto suponíais, padre Mendoza. Se trata de asesinar a la Reina.

—¡Una prueba y los calabozos de la inquisición se abrirán para el presidente del Consejo de Castilla.

—¿Pruebas?

—Es imprescindible a menos que vos no queráis cargar con la responsabilidad de la denuncia.

El Conde de Melgar, aterrado, retrocedió unos pasos.

—¿Qué pretendéis?

—No inquitaros. La inquisición no sacrifica a sus servidores.

El Conde, más tranquilo, ocupó una butaca y dijo:

—La reina madre y Portacarrero han decidido acabar con María Luisa.

—Para colocar en el trono...

—A Leonor de Nenburgo, hermana de la Emperatriz de Austria.

—Eso no puede ser y la inquisición sabrá impedirlo.

—Me parece muy difícil.

—Veré al Rey que me obedecerá contra todos. El Santo Oficio necesita extender sus dominios en Francia donde, como sabéis, no se halla muy seguro y la ingerencia enérgica de los austríacos significaría un grave peligro.

—¿Y si no convencéis al Rey?

—Prenderé a sus consejeros.

—El Consejo de Castilla es muy poderoso.

—El Santo Oficio destruirá al Consejo de Castilla cuando se lo proponga. Recordad al Duque de Lerma. De nada le valió la púrpura cardenalicia para caer en el destierro. ¿Por qué no puede cejar Portocarrero en las hogueras de la Inquisición?

—¡En efecto! No puedo negar el poder del Santo Oficio pero debo advertiros que tenéis que apresuraros sino queréis perder la ocasión.

—¿Medinasidonia?

—Esclavo y cómplice del Cardenal.

—Pagará sus culpas que bastante debe al Rey.

—Vuestros enemigos son poderosos y humildes hasta ahora los que acaso inconscientemente os sirven cerca de María Luisa de Orleans.

—¿A quién os referís?

—¿Acaso no conocéis a Carlota Llorente?

—La he visto una sola vez. Es guapa y sobre todo muy simpática.

—Y además es leal a la Reina y hace unas horas han querido matarla en el camino del Escorial.

—Nosotros la premiaremos—replicó el inquisidor dejando escapar una leve sonrisa no exenta de picardía.

—Muchos son vuestros proyectos y muy poco el tiempo de que disponéis para realizarlos.

—¿Por qué?

—El asesinato de María Luisa de Orleans está acordado para esta misma noche.

—Entonces es preciso que yo vaya a Palacio inmediatamente.

—Sin perder un segundo. Próxima está la medianoche y el crimen no tardará en realizarse.

—¡Lo impediré a toda costa!

Se alzó el inquisidor dispuesto a salir de la celda pero en aquel instante el padre Pascual apareció en el umbral del aposento.

—¿Qué queréis?—preguntó Mendoza.

—El Corregidor Francisco Ronquillo desea hablaros, Monseñor.

—Que vuelva. En este momento no puedo detenerme.

—Perdonad, manifiesta que el asunto es urgente y es el mismo Cardenal Portocarrero quien lo envía.

El inquisidor no pudo dominar su sorpresa al escuchar aquellas pa-

labras. Cambió una mirada con el Almirante de Castilla y accedió después a recibir la inesperada visita.

El Corregidor apareció en el umbral de la celda.

—¡Monseñor!

—¿Qué sucede? ¿Por qué vuestra autoridad necesita de mí?

—Obedezco las órdenes que recibo, Monseñor.

—¡Acabad! Os envía el Cardenal. ¿No es cierto?

—Así es... ¡La Reina ha estado a punto de ser envenenada!

Dos exclamaciones partieron de los labios del Conde y del Inquisidor.

—Os dije que llegaríais tarde—expresó el de Melgar.

—Al parecer no se ha consumado el asesinato.

—Por un verdadero milagro, Monseñor—expresó Ronquillo.

—¿Han detenido al culpable?

—Se trata de una mujer.

—¿Acaso Mariana de?...

Mendoza comprendió que aquella frase significaba una imprudencia y no acabó de pronunciarla.

El Corregidor fingió no haberla escuchado y exclamó después:

—Se trata de una pobre muchacha que cegada acaso por su ambición...

—¡Su nombre!

—¡Carlota Llorente!

La más profunda sorpresa reflejóse en los rostros de Melgar y del padre Mendoza.

Tras un breve silencio el inquisidor miró severamente al almirante.

—Según esto me habéis engañado.

—¡Os dije la verdad!

—Entonces no puede ser cierto...

—Monseñor... tras los muros de los palacios, la verdad suele cambiar de forma y de sentido.

—¡Puede ser! De todas maneras se hará la debida justicia. Ahora—añadió el inquisidor dirigiéndose a Ronquillo—decid lo que deseais del Santo Oficio.

—El Cardenal desea que la Santa Inquisición juzgue y condene a la culpable.

—¡Hacedlo vos en su nombre!

—Necesito algunos de vuestros corchetes.

—¿Y los vuestros?

—No deben mezclarse en lo que no les corresponde. Por mi parte os agradecería también que me librarais de semejante comisión.

—¿Dónde se encuentra esa muchacha?

—Detenida en la antecámara de la Reina.

—Podéis marcharos. Decid al Cardenal que pasados pocos minutos será obedecido.

Ronquillo salió de la acelda contento de no mezclarse en tan delicado como misterioso asunto, y Mendoza llamó al padre Pascual para comunicarle las órdenes oportunas.

Minutos más tarde, un grupo de corchetes del Santo Oficio penetraba en el Alcázar y precedido por el Duque de Medinasidonia dirigíase a la antecámara de la Reina.

## II

## UN DIALOGO INTERESANTE

Mientras en la Inquisición y en el Alcázar desarrollábanse las escenas que dejamos relatadas, veamos qué había sido de Alonso Pérez.

Apenas entró en Madrid su caballo desplomóse rendido por tan desesperada carrera y Alonso dirigióse a pie hacia el centro de la capital. La pequeña herida que sufría en la pierna derecha no le permitía caminar tan ligero como reclamaba su impaciencia. El sencillo vendaje había cedido y el roce de la bota de camino aumentaba la molestia. Le fué preciso detenerse y hallándose a la entrada de la calle de Toledo, penetró en determinada botillería, donde soldados, arrieros y algunos frailes que no desdeñaban el vino y el público comadreo fraternizaban, discutían y en ocasiones disputaban a golpes las favores de alguna moza de partido.

Alonso atravesó la sala de la taberna, y ocupando un lugar apartado, procedió a vendar lo mejor que pudo su pequeña herida. El mesonero habíale proporcionado solísito vendas y un cierto bálsamo que fama gozaba de milagroso. Luego sirvió al caballero que procuraba esconder el rostro bajo las amplias alas del chambergo, una jarra de vino.

Alonso no pensaba beber pero de algún modo había de pagar la solitud del tabernero.

Acabando estaba el futuro duque de vendar su herida, cuando logró escuchar algunas palabras de un misterioso diálogo que dos personajes, al parecer corchetes del Santo Oficio, sostenían en una mesa próxima.

El diálogo desarrollábase en los siguientes términos:

—Te suponía de servicio, Baltasar.

—A punto estuve de acertar, estimado Ramón, pero la suerte no es del que la busca sino del que la encuentra.

—¿Tanto asco le tienes al servicio?

—Según y conforme. Cuando se trata de prender a desdichados que a nadie tienen que les defienda, todo sale bien y ser corchete del Santo Oficio resulta un oficio lucrativo y cómodo, pero...

—Esta noche hay cazar mayor.

—¿Qué sucede allí para que haya de intervenir el Santo Oficio.

—La Reina María Luisa morirá esta noche.

—¿Qué?

—Lo que oyes y para evitarlo, el Cardenal ha rogado a Monseñor que vigile las entradas del Alcázar.

—Grave es el asunto y gordos serán los pájaros que han de caer en el cepo.

—Libreme Dios de poner mis manos sobre ellos. Mañana cambian las cosas y paga las culpas de los grandes el más desdichado.

Ya vemos que el esbirro no estaba muy bien enterado de lo que realmente sucedía, puesto que los corchetes de la inquisición únicamente habían llegado al Alcázar una vez cometido el atentado del que se hacía responsable a Carlota.

No obstante sus equivocadas palabras, sirvieron para despertar en Alonso Pérez una profunda inquietud.

Comprendió el caballero que nade más importante podría escuchar en el diálogo de los dos esbirros y alzándose del taburete arrojó una moneda de oro sobre la mesa y salió apresurado de la botillería.

Mientras apresuraba el paso, mil ideas se atropellaban en su cerebro. Mucho más que lo que a la Reina podía sucederle inquietábale la suerte que podría correr su joven y simpática dama Carlota Llorente.

—Las habitaciones de la Reina—imaginaba—dan a la Cuesta de la Vega y allí será seguramente donde la vigilancia habrás extemado. Sin embargo, es preciso que utilizando una de las puertas de servicio penetre yo a toda costa en el Alcázar.

En estos y otros parecidos pensamientos, por cierto poco agradables, cubrió Alonso Pérez la distancia que le separaba del Palacio y vino a detenerse al principio de la Cuesta de la Vega.

Confusamente logró descubrir dos sombras. Hombres eran al parecer que dialogaban tranquilamente junto a la fachada del Alcázar.

Alonso dejó escapar una sonrisa al descubrirlos.

—Poca guardia han colocado en el lugar de más peligro.

Resuelto avanzó hacia los dos misteriosos personajes. El ruido de sus espuelas debió denunciarle, puesto que inmediatamente vió que los dos que parecían conversar con tranquilidad absoluta, desenvainaron súbitamente sus espadas trabando un rabioso e inesperado combate.

—¿Qué podría significar esa lucha?—se preguntó Alonso, sorprendido.

Caminó hacia los que peleaban pero cuando intentó pasar junto a ellos observó que los dos combatientes le cortaban el paso.

Alonso rectificó su camino; quiso pasar por el lado contrario de la calle pero entonces los que luchaban retrocedieron rápidos.

Alonso comprendió inmediatamente que el pretendido combate no pasaba de ser una ingeniosa artimaña para hacerle retroceder.

—Se han equivocado—pensó—. No me asustan los lances de espada y ya verán donde quedan todas sus ridículas combinaciones.

La espada del caballero lució en su mano derecha y arremetió a los que combatían pretendiendo pasar entre ellos.

—¡Atrás!—exclamó uno de los esbirros amenazando el pecho del Duque.

—¡Atrás, vosotros, cobardes!—replicó Alonso haciendo volar hábilmente el acero del esbirro que al caer quedó sujeto bajo el pie derecho del enamorado caballero.

—Pagarás cara tu osadía—expresó sordamente el corchete que aún manejaba su espada.

—No sabes luchar contra un caballero y si no fuera por la prisa que tengo en despacharte me agradaría tundirte a cintarazos.

—Perro que mucho ladra...

—¡Ah, bellaco!... ¿Te permites insultarme? Pues juro que pasados unos minutos irás a dar cuenta al diablo de tus burlas.

Alonso tirándose a fondo, rápido como el rayo y seguro como una maldición divina, llegó al pecho del esbirro y antes de que éste pudiera evitarlo lo atravesó de una terrible estocada.

Un grito de muerte turbó el hondo silencio de la noche.

El esbirro desarmado había desaparecido y Alonso Pérez corrió hasta ganar la puerta de servicio por donde pensaba penetrar en palacio.

Allí le esperaba una sorpresa desagradable. La puerta estaba cerrada y todos los esfuerzos del joven caballero fueron inútiles para violentar la cerradura. Rompió en ella el agudo puñal florentino que guardaba en su cintura.

Súbitamente se le ocurrió una solución arriesgada pero solución al fin.

Alzó sus miradas hacia el ventanal que comunicaba con la antecámara de la Reina.

Despojóse de la espada que podría estorbarle para su propósito, dejó caer de sus hombros la capa grana en que se envolvía y rápido, asegurando sus manos sobre los leves salientes de la fachada, apoyando sus pies en los pétreos adornos de las cerradas puertas, comenzó su arriesgada ascensión.

Hubo instantes en que pensó que iba a desplomarse; sus manos finas resbalaban en la piedra. No obstante su voluntad vencía. Avanzaba. Ya estaba a punto de alcanzar la blanca balaustrada del pequeño balcón cuando descubrió un grupo de corchetes del Santo Oficio que deteniéndose en la calle, bajo el ventanal, le indicaban que descendiera.

—¡Bajad!

—¡No!

—Tenemos orden de disparar sobre vos si desobedecéis.

—Disparad en buena hora. ¡Cobardes!

La primera bala cruzó junto a la cabeza del valeroso caballero.

Siguieron inmeditamente otros disparos. Una verdadera lluvia de balas oponía la muerte a los propósitos de Alonso. Este, realizó entonces un esfuerzo desesperado y por fin, ileso, pudo ganar la balaustrada.

Ya era más difícil que un tiro pudiera derribarlo.

Utilizando el labrado mango del puñal que antes había quebrado en la cerradura, rompió un cristal y saltó a la antecámara.

Súbitamente se detuvo. Una dolorosa exclamación salió de sus labios.

### III

#### EL CRIMEN

Digamos ahora lo que había llegado a suceder en el aposento de María Luisa de Orleans.

Así que Mariana de Austria, satisfecha del resultado de la escena que ya conocemos, salió de la cámara de la Reina, ésta paseó sus tristes miradas por la solitaria estancia. A punto estuvo de llamar de nuevo a Carlota pero la contuvo el temor que en la Corte española habíale hecho renunciar a toda clase de satisfacciones.

—¡El Rey lo manda!—murmuró recordando la frase de Mariana de Austria—. No es el Rey, no, no es el monarca desdichado que sirve de juguete a los que pretenden dominar y dominan la monarquía española. ¡Es su madre!... ¡Es la Inquisición! Es el horror de mi vida sometida a todos los tormentos bajo el embustero brillo de una corona. ¡Dios mío!... ¡No puedo escapar! Francia me necesita en este lugar de martirio. ¡Y he de luchar con todos y de todos he de guardarme! ¿Qué traición habrá de herir mi vida?

Carlota que observaba a la Reina desde su escondrijo pensó por un instante, que debía manifestarse para tranquilizar a su señora. Iba ya a realizarlo cuando un nuevo y más sensato pensamiento la detuvo.

—¿Qué podré conseguir?—se preguntó—. Evitar el atentado que se prepara contra la Reina, pero evitarlo ahora, esta noche, sino es que el grito de sorpresa de Su Majestad me denuncia y soy arrastrada fuera de palacio perdiendo así toda posibilidad de protegerla... ¡No! Es mejor esperar. Si algo sucede no ha de tardar en producirse, y entonces las circunstancias mandarán y yo cumpliré con mi deber cerca de la Reina. ¡Si Alonso se hallava a mi lado no abrigaría el más pequeño temor!

En aquel instante resonó en el misterio de las sombras, la primera campanada de las doce y María Luisa de Orleans, desnudándose con sus propias manos, penetró en el lecho. Su rubia cabeza descansó sobre la mullida almohada y sus párpados quedaron entornados.

Era la hora cabalística en que nacen y se consumen todos los crímenes que han de quedar impunes bajo el poder abusivo y despótico.

El silencio deslizaba su leyenda de sombras; ni un rumor, ni un grito. Carlota podía escuchar como su corazón, adivinando quizás la tragedia próxima, aceleraba sus latidos.

Súbitamente la joven y simpática dama que no perdía de vista la entrada del aposento, advirtió una mano blanca y segura que se destacaba en la sombra sujetando el oscuro cortinaje. A duras penas pudo Carlota reprimir un grito de angustiosa sorpresa. El instante trágico y criminal se acercaba.

Miró la muchacha con más atención y pronto vió aparecer la figura antipática de María de Austria que levemente, avanzando sin producir el mas pequeño rumor, se acercó al lecho de la Reina. De una bordada escarcela que pendía de su cintura sacó la reina madre, una pequeña redoma. Allí estaba el famoso veneno de los Médicis. Unas gotas bastaban para producir la muerte tras rápidos y dolorosos sufrimientos.

Carlota experimentó una sensación extraña. El terror la dominaba y creyó por un instante que su corazón se había paralizado.

Mariana de Austria había destapado entre tanto la rdeoma fatal. Estaba a punto de escanciar el veneno sobre el agua que más tarde había de beber la Reina María Luisa.

En aquel instante, Carlota Llorente reaccionó. Despertó de aquel profundo estupor que la dominaba. Trataba de evitar el crimen y éste iba a realizarse sin que ella lograra impedirlo.

Rápida, heroicamente resuelta, salió de su escondrijo, y llegando sin ruido hasta Mariana de Austria, arrancó enérgica la redoma de su mano derecha, mientras sus labios, obedeciendo solamente a su corazón y a su conciencia, pronunciaban dirigiéndose a la reina madre.

—¡Infame! ¡Dios no puede perdonar tu crimen!

¿Qué sucedió entonces entre las dos mujeres?

Hay miradas que son abismos insondables, pupilas que pueden encerrar en un instante determinado la furia de todos los huracanes, el horror de todas las tempestades. Algo de esta espantosa y terrible expresión tenía la mirada de Mariana de Austria. Tan sólo un segundo duró el silencio entre las dos mujeres, pero aquel segundo valió por una eternidad.

La reina madre reaccionó por fin y una sonrisa de terrible venganza apareció en sus labios. Rápida, corrió a la puerta del aposento y gritó avisando a los que se hallaban fuera:

—¡Pronto! ¡Venid! ¡Han intentado envenenar a la Reina!

Portocarrero y el padre Froilán Días, confesor del Rey, fueron los primeros en acudir.

Cuando penetraron en la estancia advirtieron a Carlota que, palidísima, comprendiendo su desesperada situación, dejaba cejar sobre la alfombra la redoma conteniendo el veneno.

Portocarrero que había cambiado una rápida mirada con Mariana de Austria, acercóse a Carlota exclamando:

—¡Desdichada! Dios ha castigado vuestro crimen y sufriréis el horroroso castigo.

En esto despertó María Luisa y clavó sus azules pupilas en su joven y querida dama:

—¿Tú, Carlota? ¿Tú has querido envenenarme?

—¡Por Dios os juro señora, que soy inocente!

El confesor del Rey replicó:

—Criminal y hereje. Se atreve a mezclar el nombre de Dios en el crimen que ha intentado perpetrar.

Carlota fué finalmnete arrastrada por varios soldados a la antecámara y Portocarrero desapareció del regio aposento.

## IV

## EL CASTIGO

Los corchetes de la Inquisición habían llegado al lugar en que se hallaba la prisionera. Ya dijimos que iban precedidos por el duque de Medinasidonia que ordenó a uno de los oficiales a sus órdenes que maniatara a Carlota.

La víctima de Mariana de Austria dejó hacer sin exhalar una sola queja, sin expresar la protesta más débil. Sabía que en las circunstancias porque atravesaba, todo hubiera sido inútil para salvarla.

El anciano Duque, clavó sus miradas en la prisionera, pronunciando:

—Vais a ser conducida a la inquisición. Antes de recibir la muerte horrorosa que os espera habréis de confesar los nombres de vuestros cómplices.

Ya se acercaban dos corchetes para tomarla por los brazos, cuando súbitamente escuchóse el ruido que produjeron al romper el cristal de un próximo balcón. Era este el momento en que Alonso Pérez ganaba tan milagrosamente la antecámara de la Reina.

De un salto colocóse el valeroso caballero junto a Carlota y rechazó enérgico a los esbirros que pretendían apresarla.

—¡Atrás canallas! No manchéis con vuestras manos mercenarias los brazos de una mujer inocente.

El Duque de Medinasidonia acababa de reconocer a su hijo que tan resueltamente tomaba el partido de María Luisa oponiéndose y comprometiendo todos sus proyectos.

—Deja que la justicia cumpla su misión—le dijo severamente.

—La justicia—replicó Alonso—ha de volverse contra los que como vos la insultan aparentando servirla.

—¡Alonso!

—Padre y señor... Esta mujer es inocente y perderé la vida antes que abandonarla.

—¡Con ella caeréis sacrificado y maldito! ¡Soldados prendedle!

Alonso Pérez arrancó la espada a uno de los esbirros que tenía más cerca y se aprestó a la defensa.

La situación de nuestro héroe, no dejaba de ser por eso, harto comprometida.



**EDITORIAL "EL GATO NEGRO"**

MORA DE EBRO, 141

BARCELONA